

Biblioteca Infantil Argentina



UN DESEO CUMPLIDO

Ada M. Elflein

BIBLIOTECA NACIONAL

20
Biblioteca Infantil Argentina

Un deseo cumplido

POR

ADA M. ELFLEIN

20.191

CON ILUSTRACIONES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



EMPRESA EDITORIAL «UNIVERSO»

CASILLA CORREO N.º 1687

BUENOS AIRES

1918



Propiedad registrada
de acuerdo con la ley
N.º 7092.

(Prohibida su reproducción)



MARIANA Méndez había nacido en Tucumán el 9 de julio de 1806, y en la época de nuestro cuento iba a alcanzar la respetable edad de diez años.

La mayor aflicción de Mariana era no haber nacido en un día de fiesta. Mientras fué chiquita, tal hecho no llamó su atención, pero cuando empezó a ir a la escuela, se volvió para ella de gran importancia. ¡Tener que asistir a clase el día del cumpleaños! Porque mamita no era amiga de tolerarle rabonas en medio de la semana. Bastantes fiestas había, según ella, para agregar otras más.

Eso era cierto, pues antiguamente el número de fiestas de guardar era mucho mayor que ahora. Pero a Mariana le parecían pocas, y hubiera querido que su cumpleaños fuese también feriado. ¡Todavía si hubiese nacido en día domingo! Porque Mariana no podía comprender que la misma fecha no cae dos años seguidos en el mismo día de la semana, y le parecía que si hubiese nacido en día domingo su cumpleaños habría caído siempre en domingo. Pero ¡ni eso!

Y aunque las buenas hermanas del convento donde ella se educaba, nunca dejaban de hacerle un lindo obsequio, y por la tarde, después de clase, mamita hacía disponer la gran mesa en el comedor para servir chocolate y golosinas a todas las amiguitas que acompañadas de sus esclavas negras llegaban con regalos, sin embargo, según la pequeña descontenta, «no era lo mismo».

Ahí estaba, por ejemplo, Dolores Vega. Había nacido el 24 de junio, el día de San Juan. ¿Podía darse mayor suerte? Así fuera domingo, lunes o martes, el 24 de junio era siempre día de San Juan, y el día de San Juan era siempre fiesta. Y luego, Mercedes Palacios, ¿no era otra afortunada? Su cumpleaños era el 25 de mayo. Antes, esa fecha no era nada, lo mismo que el 9 de julio, un día «zonzo», como otro cualquiera. Pero resultó que una vez—en 1810, según le habían dicho—los porteños despidieron al virrey español y formaron un gobierno propio, precisamente el 25 de mayo. Y ¡zas! dos años después declararon «fiesta patria» ese día... ¡y ahí la tenían ustedes a Mercedes Palacios con su cumpleaños en día festivo, para toda la vida! ¿No era digna de envidia? Y cuando Mariana comentaba eso, lo hacía en tono de reproche, como si la Revolución de Mayo hubiese sido

obra propia de Mercedes, nada más que para convertir su cumpleaños en fiesta.

—¿Le parece a usted, mamita—preguntó una vez a su madre—(en aquellos tiempos, los niños no tuteaban a sus padres)—¿le parece a usted que si yo hiciera alguna promesa a la Virgen, me oiría?

—No sé,—contestó su madre;—pero sé que si yo fuera la Virgen, no haría ningún caso de una haragana como tú.

Mariana opinaba de otra manera. ¿Por qué no le habría de suceder a ella lo que había acontecido a Mercedes Palacios? Y Mercedes no había hecho ninguna promesa, que ella supiera.

Tenía sobre la cabecera de su cama una hermosa Virgencilla de plata, obra de habilísimos artífices del Perú. A esa pequeña imagen profesaba Mariana mucha devoción, y ante ella hizo promesa de hacer feliz a algún niño pobre, en la medida de sus posibles, todos los años para el 9 de julio, hasta que le fuese concedido lo que pedía.



II

La ciudad de Tucumán, donde vivía Mariana, estuvo muy animada desde principios del año 1816. En ella debía tener lugar un Congreso de todas las provincias argentinas, o como las llamaban entonces, las Provincias Unidas del Río de la Plata, o también de Sud América.

En ese Congreso o asamblea de hombres distinguidos e inteligentes se trataría de establecer una verdadera unión entre las provincias, que se miraban mutuamente con recelo y temían que Buenos Aires, la más fuerte de todas, pudiera imponerse a las demás.

Los diputados fueron llegando de diversos rumbos, cada cual de su respectivo lugar

de origen. Unicamente no enviaron diputados la Banda Oriental, entonces región argentina, Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos, porque todas ellas estaban en poder del caudillo Artigas.

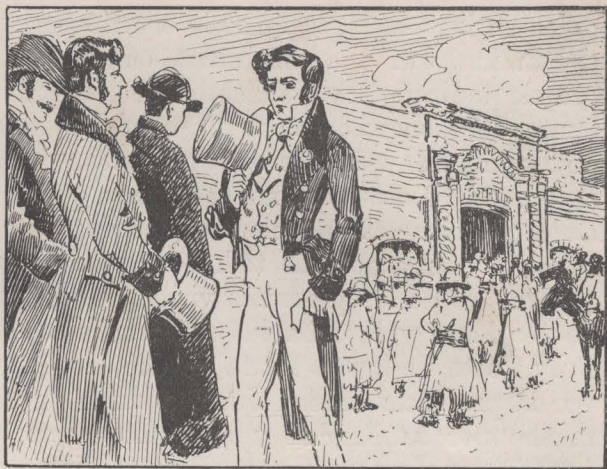
El 24 de marzo de 1816 inauguró sus sesiones el Congreso, y Mariana concibió la secreta esperanza de que en él pudiera llegarse a «hacer algo», para que su cumpleaños fuese declarado día de fiesta, como el de Mercedes.



El día 9 de julio, cumplió por primera vez su promesa hecha ante la Virgencita de plata. Con permiso de su madre regaló a una vecinita pobre, ropa cosida por ella misma, dulces y cuatro reales, o sea, medio peso de la moneda de entonces. La chica se fué radiante con sus regalos, y Mariana también se sintió feliz; y no sólo porque esperase una recompensa. Al contrario: sólo después de algún tiempo se acordó de que había hecho su buena acción con un propósito; la alegría de la pobre niña había sido tan grande, que por primera vez en su vida Mariana comprendió que el hacer el bien lleva en sí su propio premio.

Sin embargo, como Mariana no era ninguna santita, bien pronto volvió a acordarse de que se trataba de convertir su cumpleaños en día festivo, y se preguntó si eso sucedería desde luego, o si tendría que esperar todavía dos o tres años, como Mercedes con el 25 de mayo.

Por la tarde, cuando volvió de la escuela, adonde había tenido que asistir como de costumbre, su padre ofreció llevarla, con dos amiguitas, a la sala del Congreso. Iba a tener



Los diputados fueron llegando de diversos rumbos.

lugar una sesión de gran interés, y quería que las niñas la presenciaran.

Cuando llegaron a la modesta casa donde celebraba sus reuniones el Congreso, había ya mucha gente en el patio y arrimada a las puertas y ventanas de la gran sala. Pero como el señor Méndez era muy conocido y las tres chicuelas no ocupaban mucho espacio, se les hizo lugar amablemente, y Mariana y sus amiguitas pudieron pasear los ojos por el recinto.

Vieron un gran número de caballeros, entre ellos muchos sacerdotes, sentados en sillones colocados en filas, algo así como los

niños en la escuela, según se le ocurrió pensar a Mariana. Junto a una mesa, en un sillón grande tapizado de granate, estaba el presidente del Congreso, señor Francisco Narciso de Laprida. Los caballeros conversaban entre sí en voz baja o escuchaban el discurso que uno de ellos pronunciaba, mientras los dos secretarios tomaban nota de todo lo que se decía.

Muchos de los presentes visitaban en casa de Mariana, y la niña los fué reconociendo: Fray Justo de Santa María de Oro, diputado por la provincia de San Juan, a quien quería mucho por su bondad y su genio alegre; a fray Pedro Ignacio Castro Barros, diputado por La Rioja, al que temía un poco por la vehemencia con que solía hablar y que ella atribuía inocentemente a enojo; al señor Laprida, diputado por San Juan; don Tomás Godoy Cruz, mendocino, por quien sentía mucha simpatía desde que le prometiera hacerle venir dulces de Mendoza. Había también otros a los que nunca había visto y el señor Méndez le nombró algunos: don Juan José Paso, que había formado parte de la Primera Junta y era actualmente uno de los secretarios del Congreso; el doctor José Ignacio Gorriti, salteño; fray Cayetano Rodríguez y muchos otros.

Una mano se posó en la cabecita de Mariana, y alzando los ojos, la niña reconoció al

el secretario doctor Paso; el silencio era tan profundo que se oía el leve susurro del papel que tenía en la mano. Miró en derredor suyo un momento, sin hablar. Todas las miradas estaban fijas en él y Mariana notó con extrañeza la emoción que se reflejaba en muchos semblantes. Luego, el secretario habló. Formuló una breve pregunta:

—¿Quieren los diputados que las Provincias de la Unión sean una nación libre e independiente de los reyes de España?

Mariana se asustó. Aquello fué como una tormenta que estalla de repente. Un solo grito de «¡Sí! ¡sí!» resonó en la sala, fué repetido en la barra y volvió como un eco de la calle en medio de aplausos y vítores interminables, mientras los hombres se estrechaban las manos y se felicitaban mutuamente. Mariana vió con asombro cómo se abrazaban su padre y el general Belgrano, y, más sorprendida aún, notó que ambos tenían los ojos llenos de lágrimas. En seguida, su padre la alzó, y besándola, le dijo:

—Mariana, no olvides en toda tu vida lo que hoy veas y escuches. Este es un momento solemne para los argentinos. Desde hoy, seremos un pueblo libre...

Dejó a su hijita en el suelo. Mariana no había comprendido bien; era muy pequeña para ello. Sólo se daba cuenta de que los ar-

gentinos querían formar una nación libre e independiente de cualquiera otra nación; y eso era también suficiente para una niñita que cumplía diez años ese día.

—El 9 de julio—dijo en el mismo instante el señor Belgrano—será tan memorable como el 25 de Mayo.

¡El 25 de Mayo! El corazón de Mariana dió una especie de saltito. ¿Sería posible que el cielo la hubiera escuchado? ¿Tendría tanta suerte como Mercedes Palacios?

IV

El año de 1816 pasó, y el primer aniversario de la memorable sesión del Congreso del 9 de Julio se acercaba. Mariana vivía nerviosa. ¿Declararían fiesta ese día? Nunca la Virgencita de plata se había visto tan agasajada.

El día 8 Mariana volvió encendida de la escuela, fuera de aliento, gritando desde la puerta de calle, que al día siguiente no habría clase. La Madre Superiora decía, que aunque el gobierno no lo había decretado día feriado expresamente, asimismo todo el mundo se preparaba a festejar el 9 de Julio. Habría iluminación, bombas, palo jabonado con premios... ¡la mar! ¡Y ella estaría libre todo el día! ¡Nada de libros! ¡Nada de catecismo ni de bordados ni de tabla de multiplicar! ¡Y eso, todos los años, hasta el fin de su vida, aunque llegara a los noventa años!

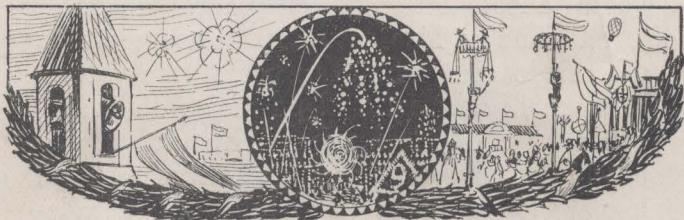
—¿Piensas ir a la escuela hasta los noventa años?—interrogó su padre riendo.

Mariana no hizo caso de la broma; estaba demasiado contenta. ¡Si era como para volverse «chocha» de alegría! Y en medio de su alborozo se acordó de la promesa. No había tenido ocasión de cumplirla sino una sola vez. Ahora, le pareció que sería justo mostrarse agrade-

cida; y allí mismo, formó el propósito de agasajar a algún niño pobre el día 9 de Julio, mientras viviera.

Mariana cumplió su promesa. Vivió hasta más allá de los ochenta años; asistió a todos los sufrimientos de su patria durante las guerras civiles y tuvo la dicha de ver a la República Argentina, unida por fin y en paz, entregarse al trabajo y al progreso. Ya no creía que el hecho de ser fiesta patria el 9 de Julio se debía a su promesa; pero asimismo, en días de pobreza como en los de prosperidad, todos los años en esa fecha, alguna pobre criatura salía de casa de Mariana, satisfecha, vestida, colmada de regalos y llevando quizá lo suficiente en dinero para que comiera esa semana toda la familia. Y los hijos, nietos y bisnietos de Mariana, que conocen la historia, han imitado su ejemplo.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



BIBLIOTECA INFANTIL ARGENTINA

VOLÚMENES PUBLICADOS

Un deseo cumplido

El vendedor de leña

A mano

La visita del Presidente

El Ñato

La Partida

Cacho

El hijo de la esclava